



EL VENCEDOR EN EL TORNEO.

cinturones, brazaletes y rodilleras guarnecidos de cascabeles y cencerros, iba metiendo ruido por el mundo caballeresco. El uso cortesano exigía que la dama, la amada, diera á su caballero amante una prenda de amor, un cinturón, un velo, una manga, un guante ó cualquier otro objeto para que lo llevara atado á su yelmo ó escudo cuando iba á campaña ó á torneo. También constan casos que los amantes cangearon sus camisas en prenda de amor. Grande era luego el contento y orgullo de la amada cuando el amante regresaba del combate con la prenda destrozada á sablazos ó lanzadas; mas la satisfacción suprema de la vanidad femenina era sin duda el quedar una dama elegida *reina de la belleza* en una fiesta de torneo para entregar los premios á los vencedores, en cuyo número había naturalmente también su propio amante.

*Torneo* era el nombre de los juegos gimnásticos de la Edad media, centro y acto principal de todas las fiestas caballerescas. En Alemania el desarrollo regular de los torneos data del siglo XII, persistiendo hasta el XIV y aun el XVII, si bien el elemento serio de la cosa había ido perdiéndose desde el siglo XV. Los combates de torneo se verificaban ó á caballo con la lanza y la espada, ó á pié con el hacha, la maza, el lanzón ó la espada. Cuando la lucha era de muchos contra muchos, el juego se llamaba *buhurdo*; pero lo más común era el duelo ó combate singular, considerándose como forma más noble y caballeresca la *justa*, ó sea carrera á caballo con lanza en ristre; es decir, ó se *buhurdaba* ó se *justaba*, unas veces con las lanzas embotadas, otras veces sin embotarlas, y entonces el campo de batalla dentro de las lizas quedaba á veces cubierto de heridos y habiendo entre ellos algún muerto. El *galardón de torneo*, que al principio consistía en premios sencillos como cadenas de oro, bordados elegantes, armas, un hermoso corcel, etc., fué más tarde objeto de invenciones lujosas y de ocurrencias raras; así por ejemplo, en el torneo dado por la nobleza de Magdeburgo en Pentecostés de 1229, el premio fué una bella jóven.

No solamente los que concurrían á un torneo, sino en general los caballeros y las damas que viajaban, habían de recurrir á la hospitalidad en el sentido más lato de la palabra. Los viajes se hacían siempre á caballo, y sólo con caballos propios, por caminos detestables, debiendo por esta razón ser cortas las jornadas, y como en las ciudades no había más que posadas medianas, era preciso llegar á todo trance, antes de la noche, á un castillo que diera seguro y gracioso albergue. En efecto, los forasteros podían estar seguros de ser recibidos según todos los preceptos de la cortesía. La castellana, rodeada de sus hijos, daba de palabra y con la mano la bienvenida al huésped, quitábale las armas, presentábale un cómodo traje de casa, escanciábale una copa de vino y mandaba que se le preparara un baño. Luego había de ocupar el puesto de honor en la cena, sirviéndole las viandas la castellana ó su hija, y después, cuando se retiraba á descansar, una de las damas del castillo le indicaba el dormitorio. En los grandes convites, frecuentes con ocasión de las numerosas fiestas de la Iglesia, las bodas, los bautizos, las asambleas, solía echarse el resto, ostentando los ricos magnates su precioso ajuar, exhibiendo



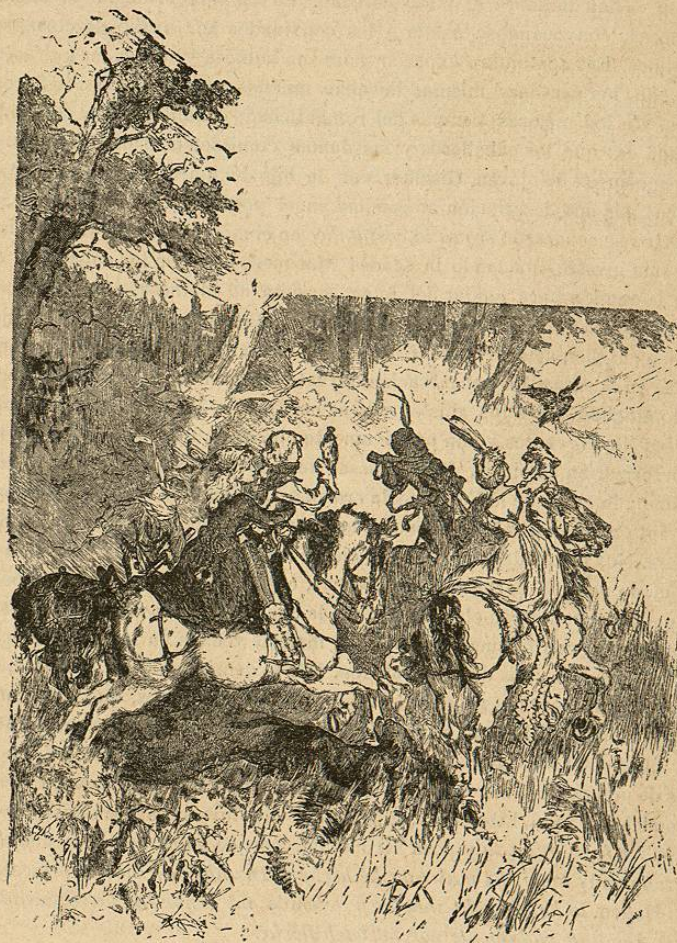
en pomposos aparadores la vajilla de mesa, fuentes, platos, copas, y mostrando la copia de muebles, tapices y alfombras. Asimismo lucíanse en tales ocasiones la cocina y la bodega, mientras que ordinariamente la mesa de las



RECEPCIÓN DE UN FORASTERO.

personas distinguidas era muy sencilla, componiéndose únicamente de carne ahumada y salada, col y legumbres, cerveza é hidromiel. Ciertamente, para nuestro gusto, el arte culinario caballeresco era demasiado pródigo con toda clase de condimentos, aun con respecto á los vinos, que no solían beberse

puros (siendo preferidos los italianos y los griegos), por más que impropia- mente se bautizara con el nombre de *bebida pura* el vino compuesto con va-



CAZA DE GARZAS.

rias especies y cocido. En los castillos y sus dependencias albergábanse en los días de gran jolgorio centenares y aun millares de huéspedes de ambos sexos. Empezaba la jornada festiva con una misa cantada para que no careciera de solemnidad religiosa. En regresando de la iglesia, la compañía sen-



tábase á la mesa de almorzar, constando el almuerzo de manjares y bebidas muy sustanciales. Llenaba la mañana un torneo ó una caza en la que las señoras, siendo amazonas atrevidas, tomaban parte, y con razón solemos figurarnos á las nobles doncellas montadas á caballo para ir á la caza de garzas con el halcón sobre el puño derecho. La comida principal se hacía al anochecer, convocándose á ella á los convidados por medio de cornetas y cornetines. Era costumbre exparcir flores en la mesa y suspender guirnaldas sobre ella; las personas mismas llevaban muchas veces coronas de flores y ramos. En los mejores tiempos del romanticismo caballeresco la costumbre alemana era que los caballeros y las damas comiesen en salas distintas. En los desposorios del jóven Giselher con la hija del marqués Rúdeger, de los que tenemos una descripción amenísima en el poema de los *Nibelungos*, los dos sexos se separaron *segun la costumbre* en el momento de servirse la mesa en la sala grande, quedando la señora Marquesa sola con los caballeros durante la comida para cuidar del buen servicio de la mesa, mientras que la princesa presidía la de las damas en otra sala. Más tarde, empero, introdujose también en Alemania la moda francesa de formar los caballeros y las damas parejas en la mesa. La conversación durante la comida era franca y alegre, siendo muchas veces los chistes que se narraban y las bromas que se soltaban, tan libres, verdes y aun positivamente obscenos, que las mujeres de hoy se horrorizarían de oírlos. Pues á pesar de todas las sublimidades del *culto del amor*, la gente de la Edad media era una raza ruda y tosca, no arredrándose ante nada natural y llamando las cosas sin remilgo, por su verdadero nombre. Nos ha quedado como herencia de los siglos XII á XIV una rica colección de poesías cortesanas picarescas, algunas de verdadero valor poético, que nos demuestran claramente que la conversación favorita de los caballeros versaba con frecuencia sobre una materia vedada en la buena sociedad actual: las pullas y los cuentos salados. Por lo demás, no debe olvidarse, con respecto á las relaciones y el trato mútuo de los dos sexos, que las damas ó señoras caballerescas eran en realidad, durante toda la Edad media, las atentas y obedientes servidoras de sus padres y maridos, usando estos últimos á veces de una manera muy brutal de sus derechos de amo. En efecto, refiérese del modelo de todo heroísmo, Sigfrido; que no tuvo reparo en castigar con una paliza á su augusta esposa Krimhilda, porque había cometido una chismografía muy mala. *El mal que hé hecho á Brunhilda*, dice la princesa al feroz Hagen, *lo he sentido mucho y además mi señor me ha apaleado el cuerpo bastante rudamente por mi bachillería.*

Durante la comida entraban los músicos y juglares para mostrar sus habilidades. Para saber lo que se entendía por juglares ó *gente de juego* basta referirnos al célebre código *espejo de sajones* en el cual se enumeran como tales á los *píferos, trompeteros, violinistas, cantantes, saltimbanquis, lectores, trasquiladores, romeros, prestigiadores, y toda gente vagamunda y heraldos y pregoneros*. Al anochecer las damas iban á la capilla ú oratorio del castillo para escuchar el canto de las vísperas. Después la compañía volvía á reunirse en la sala grande para divertirse con varias clases de juegos, prefiriendo los

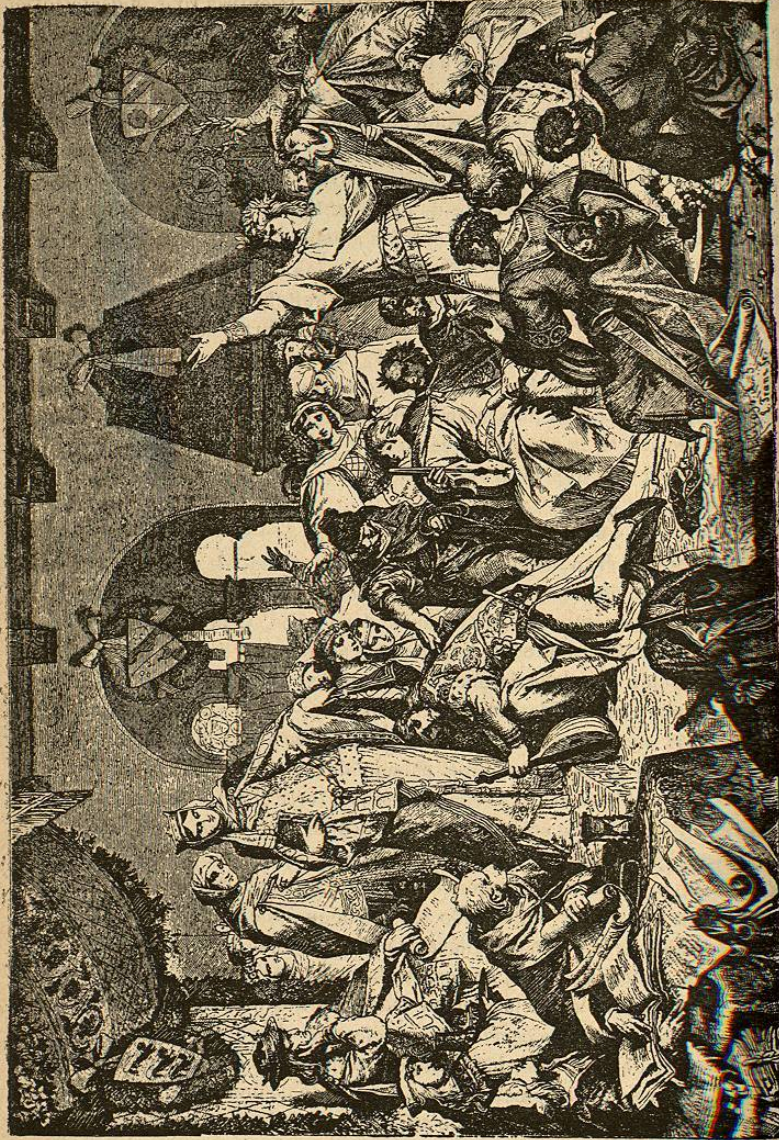
caballeros de edad madura, los dados y el ajedrez y dedicándose al mismo tiempo á apurar las botas de vino de su huésped. Las damas ancianas, reunidas en los nichos que había en las paredes, cuyo espesor era de brazas, se ocupaban en chismes más ó ménos románticos, mientras que la gente jóven se divertía con juegos de sociedad, cuyo número era ya muy grande, ó con música y canto, tocando la guitarra por turno, ó bien entregábase á la diversión más grata para la juventud, el baile. Estaban admitidas en cortesanas, dos clases de bailes, la *danza* de movimiento andante y deslizante y el *raigen* de movimiento saltante. En la danza, el caballero cogía de la mano á una ó dos señoras, dando con ellas por la sala con paso deslizante al compás de instrumentos de cuerda y de los cantos de danza entonados por la primera pareja. Esta manera de bailar comedida y decente alcanzaba su forma más solemne en las *danzas de antorchas* como se estilaban en las bodas de príncipes. Los *raigen* se bailaban, ó mejor dicho se brincaban y saltaban al aire libre, y como en ellos las parejas procuraban distinguirse por la altura y longitud de sus brincos, saltaban los bailarines como *grullas, osos y cabras*. Estos bailes eran todo ménos graciosos y habían de degenerar forzosamente en indecentes y licenciosos, como se nos presentan efectivamente en la época de la reforma. Antes de separarse la compañía, harta de diversión, para retirarse á los dormitorios, ofreciase aun el *trago de dormir*, es decir, vino y fruta fresca ó confituras.

Naturalmente una de las manifestaciones más brillantes de la vida romántica caballeresca eran las bodas de los príncipes, siendo de notar por una parte que la nubilidad de las niñas empezaba ya á los catorce y quince años, constando hasta casamientos de princesas de doce años, y por otra parte que la ceremonia eclesiástica se consideraba como accesorio y sin gran importancia. Una descripción detallada de una buena cortesana del siglo XIII nos ha sido transmitida por Enrique de Freiberg, continuador del *Tristán* de Godofredo, en el pasaje en que refiere como Tristán se casa con la jóven duquesa de Arundel, Isolde Manoblanca. En el palacio del castillo ducal hállase preparada la mesa del banquete y después de presentarse el agua de manos primero á la novia y luego á los convidados por orden de su rango, empieza el festín, comiéndose en vagilla exquisita y bebiéndose el vino en copas de oro. En terminando el banquete, el comedor se transforma en sala de baile, arrimándose las mesas á la pared y empezando los músicos á tocar los violines. Tristán toma á Isolde por la mano para llevarla á bailar y los demás caballeros y damas siguen el ejemplo de los novios. Andan y se deslizan suave y dulcemente porque las largas colas de las damas vedan los movimientos rápidos. Mientras están así *bailando alegremente y coleando de gozo*, entra en la sala un obispo vestido de pontifical, interrumpe el baile, los convidados forman círculo en cuyo centro se coloca la novia conducida de una mano por su padre y de la otra por su hermano; el novio se pone á su lado, la pareja pronuncia los votos de fidelidad, cambian los anillos y el obispo *dá Isolde la doncella á él en legítimo matrimonio y á su vez á ella es entregado él*; luego se encienden las bujías y las copas empiezan á circular, pero pronto se le dice al novio que



es hora de trasladarse á la cámara nupcial y después de acostarse la madre le trae la novia acompañada de multitud de damas. La duquesa coloca á su hija en brazos del novio, echa una bendición en que las demás mujeres toman parte y el matrimonio se considera consumado tan pronto como la misma cubierta oculta á la pareja.

La diversión más noble para la vida cortesana en los castillos ofrecía sin duda la participación y el interés que el desarrollo extraordinario de la literatura poética alemana en el reinado de los Federicos de Hohenstaufen encontraba en los círculos caballerescos y en general por doquiera había simpatías por lo noble y generoso. Bajo el trono de los Hohenstaufen la planta extranjera del romanticismo brotó lozana y creció para formar un árbol cubierto de magníficas flores. El dialecto patrio de los emperadores suabios, el alto alemán medio, sonoro y rico de vocales, fué el lenguaje literario de Alemania durante tres siglos. Los domicilios favoritos de la poesía cortesana eran las cortes de los landgraves de Turingia, de los marqueses de Brandenburgo y de los duques habenbergeses de Austria; siendo esta última la más preferida de todas. El amor, en su doble revelación hácia Dios y hácia la mujer, era el alma de la poesía romántica de la edad media Alemana; pudiéndose señalar como límites del florecimiento de esta poesía los años de 1150 y 1350. Sus productos manifestábanse en las formas líricas, didácticas y épicas, tomando en este último concepto sus asuntos del extranjero, tratando los ciclos legendarios franco-británicos del rey Artús, el santo Gral, el rey Marke y otros parecidos, tomándolos empero también á veces en la patria, refundiendo los antiguos cuentos heróicos nacionales. También aprovechaba poéticamente el conocimiento de la mitología antigua recibido de Bizancio y Roma. Mas todas estas materias de naturaleza tan diferente hubieron de admitir la fama caballeresca y la inspiración romántica. Los héroes y heroínas griegas y romanas, los reyes y guerreros germánico-paganos, los príncipes y princesas keltas, Diterico de Berna, Atila y Carlomagno, Eneas y Lavinia, Sigfrido y Crimhilda, todos se presentan como caballeros y damas cortesanas de la época de los Staufen. Y el amor es el eje al rededor del cual todo gira; de modo que á todo en literatura puede aplicársele la exclamación de Wolfram de Eschenbach: *El poder del amor domina de cerca como de lejos; el amor se alberga en la tierra y gusta de acompañar al cielo; en todas partes hay amor, ménos en el infierno.* El número de los poetas líricos, didácticos y épicos era muy grande, pero muy escasas son desgraciadamente las noticias que tenemos acerca de la personalidad de los poetas; hasta los datos que hemos recojido acerca de los más importantes de ellos, son más bien suposiciones y barruntos que hechos incontestables. Evidentemente los caballeros de la Edad media no creían que valía la pena enterarse de las circunstancias de la vida de los poetas que, al fin y al cabo, no eran más que *músicos*. Un vicio capital del pueblo alemán ha sido siempre hasta hoy el de tratar á sus pensadores, poetas y artistas, mientras vivían y necesitaban de socorros, con frialdad y parsimonia, hasta con avaricia y mezquindad. Por otra parte era perjudicial para los poetas el estar de moda la poesía en la época de los Hohenstaufen, siendo

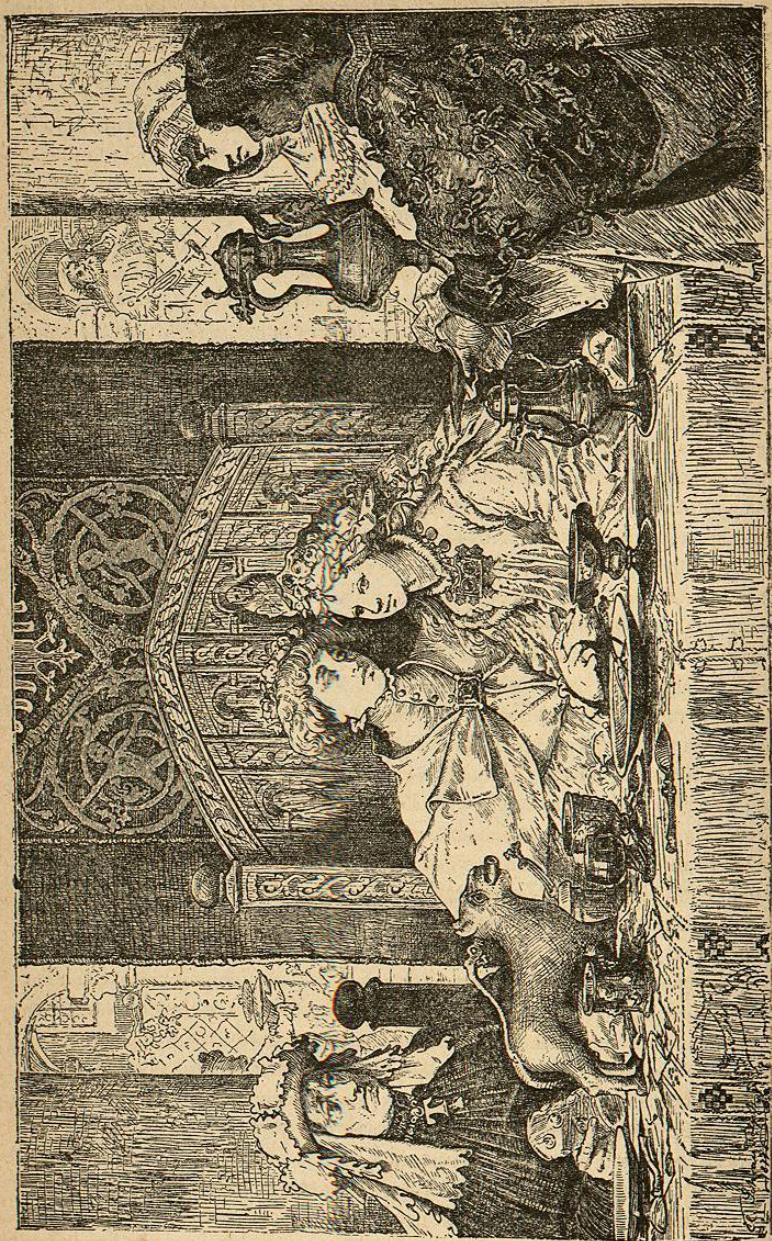


EL CERTÁMEN DE CANTO EN EL CASTILLO DE WARBURGO.



uno de los requisitos de la educación cortesana el componer una canción sobre una melodía dada para recitarla con acompañamiento de guitarra, arpa ó violín, ó aun el discurrir junto con la nueva canción una nueva melodía; y por esto encontramos entre los doscientos *minnesinger* á burgueses, hidalgos, prelados, príncipes y reyes. Pero precisamente esta fiebre poética había de redundar en menoscabo del arte lírico, y de ahí el carácter nómada de los *trovadores*. Realmente nos causa impresión muy desagradable el ver como un hombre de talento cual era el afectuoso Gualtero, no puede contener su alegría porque el emperador Federico II le ha concedido al cabo el pequeño feudo que le había pedido. El hecho es que la nación alemana no se ha preocupado nunca con aliviar un tanto la lucha por la existencia á los representantes de su genio. En el siglo XIII el emperador Federico tenía siempre abierta la mano pródiga para toda clase de escándalos, mientras que Gualtero hubo de rogar mucho tiempo antes no le fué otorgada una pequeña propiedad feudal. En el siglo XVIII un príncipe alemán daba un salario anual de 120,000 pesetas á una *pasatiempo* escriturada de París, mientras que á Lessing le fué concedida una pensión de 1,200...

En cuanto á la forma, las trovas eran ó *leichen* (del francés *lais*) es decir una continuación de pares de versos rimados ó *reihen*, es decir danzas, en estrofas como las que encontramos en el poeta didáctico el *Winsbecke*, ó *Lieder* (canciones) compuestas de varias coplas de rima artificiosamente enredadas. Los asuntos de esta poesía lírica cuyas manifestaciones más antiguas llevan todavía vestigios de su procedencia popular, son nacionales y se caracterizan como tales sobre todo por la profundidad de la contemplación de la naturaleza y por la ternura de los sentimientos de amor; pero la falta de ideas de esta poesía amorosa la hacen muy cansada y es fastidiosa la eterna repetición de las mismas figuras y de los mismos tropos. Así es que nos causa impresión grata cuando el realista Nitardo de Reuenthal nos saca de la atmósfera artificial de este mundo caballeresco amoroso llevándonos en medio de sus campesinos bávaros y austriacos para describir las picardías y bromas de los aldeanos, produciendo un efecto sumamente cómico el uso de las formas afectadas de los trovadores. En uno sólo de estos poetas líricos, el gran maestre de los trovadores alemanes, estas formas se presentan como expresión natural de una noble personalidad, la de Gualtero de Fogelweide, cuya patria se cree haber descubierto en el Tirol. Vivió y murió en el reinado de los dos grandes Federicos de Hohenstaufen. Como una montaña alpestre se eleva sobre las colinas que la rodean, así Gualtero sobrepuja en genio y carácter á todos los demás trovadores, combinándose en él en alto grado el poeta y el pensador, la riqueza de imaginación y la profundidad de sentimientos con la clara inteligencia de las necesidades y dolores de su tiempo. Era patriota en el buen sentido de la palabra, partidario acérrimo del emperador y de la nación; criticaba los antojos anárquicos de los príncipes, castigaba la corrupción de los curas y estigmatizaba al papa como á un *nuevo Judas*. Podemos figurarnosle en la posición que el mismo pinta en una de sus poesías: Sentado en una roca al lado de un torrente, puesta una pierna sobre la otra, apoyada la



COMIDA DE BODAS CORTESANAS.